

# Torre de Papel



Dimiter Inkiow

## Yo, y mi hermana Clara

Ilustraciones de Traudl y Walter Reinert



GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Título original en alemán:  
ICH UND MEINE SCHWESTER KLARA,  
de Dimiter Inkiow.  
Copyright © 1977 por Erika Klopp Verlag.

Copyright © 1990 para Hispanoamérica  
por Editorial Norma S.A.  
A. A. 53550, Bogotá, Colombia.

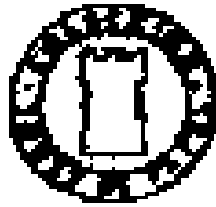
Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra, por cualquier medio, sin  
permiso escrito de la Editorial.

Primera reimpresión, 1991  
Segunda reimpresión, 1992  
Tercera reimpresión, 1993  
Cuarta reimpresión, 1994  
Quinta reimpresión, 1995  
Sexta reimpresión, 1995  
Séptima reimpresión, 1996  
Octava reimpresión, 1996  
Novena reimpresión, 1996  
Décima reimpresión, 1997  
Undécima reimpresión, 1998  
Duodécima reimpresión, 1998  
Decimotercera reimpresión, 1998  
Decimocuarta reimpresión, 1998  
Decimquinta reimpresión, 2000  
Decimosexta reimpresión, 2002  
Decimoséptima reimpresión, 2003

Printed in Colombia - Impreso en Colombia  
por Gráficas de la Sabana Ltda. Febrero 2005

Dirección editorial, María del Mar Ravassa  
Edición, Catalina Pizano  
Dirección de arte, Mónica Bothe

ISBN: 958-04-1216-2



**YO  
Y MI HERMANA  
CLARA**

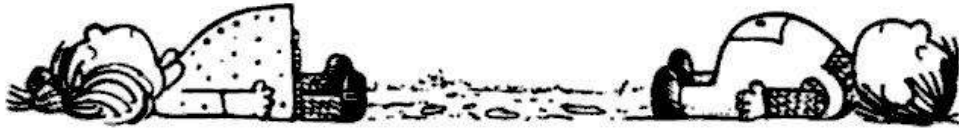
**DIMITER INKIEW**

**Traducción de Federico Schopf**

**Ilustraciones de Traudl y  
Walter Reiner**



**Buenos Aires, Bogotá, Buenos Aires, Caracas,  
Catemala, Lima, México, Panamá, Quito, San José,  
San Juan, San Salvador, Santiago de Chile.**



## LA TORTA

Seguro que no me conoces.

Para que sepas, este soy yo:



Y esta es mi

hermana Clara:



No nos debes confundir y creer que esta soy yo y este es Clara.



Es todo al revés.



Clara es Clara

y yo soy yo y, por supuesto, Clara no soy yo.

A veces la gente nos confunde y a veces nosotros mismos nos

confundimos, por ejemplo,  
cuando mamá pregunta:



—¿Quién se comió todo el helado  
que había en el refrigerador?

Y yo le contesto:

—¡Clara! —aunque yo tam-  
bién me haya comido una  
buena porción.

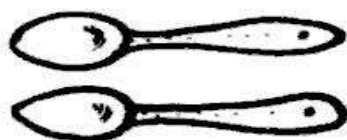


Y cuando mamá le pregunta  
a Clara:

—¿Quién se comió todo el helado?

Y ella responde que fui yo, aunque  
ella también se haya comido gran  
parte del helado.

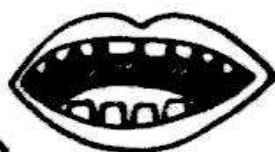
Sin embargo, cual-  
quiera puede ver que  
hay dos cucharitas usadas.



Por qué Clara contesta así, es algo  
que no entiendo. En cuanto a mí, yo  
contesto así porque Clara siempre  
come más que yo.

Ella tiene una  
boca de este tamaño:

Es mucho más  
grande que la mía:



Claro que yo como mucho más rápido ¡pero eso no lo sabe nadie!

Un día cualquiera  
Clara se me acercó  
y me dijo:



—¿Sabes lo que hay en la cocina?

Yo no tenía ganas de saberlo pero como me lo preguntaba, le contesté:

—No, ¿qué hay?

—¡Una torta!

—¿De este tamaño? —  
le pregunté, y dibujé una  
torta.



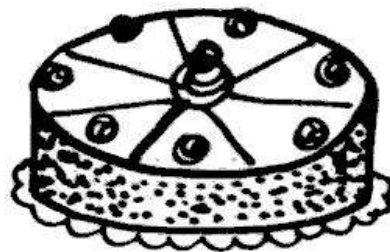
—No, mucho, ¡pero mucho más grande! —me dijo—. ¡Y mucho más bonita!

—¿De este tamaño?

Y pinté una torta  
más grande todavía:

—¡No estás ni tibio!

¡Es todavía más grande! ¡Y con crema encima!



Enseguida fuimos a ver la torta. Era realmente una torta muy grande y la

boca se me hizo agua. Estábamos mirando la torta, cuando mamá llegó y nos dijo:

—¡Cuidado con tocar la torta! ¡Hoy vienen de visita la tía Nana y la tía Emma! Espérenme. Voy a comprar café y vuelvo.

Estábamos solos en casa. Clara y yo jugamos un poco en el salón, hasta que no resistimos la tentación de ir a echarle una mirada a la cocina.

—Quiero ver si la torta está todavía —me dijo Clara, y se dirigió al refrigerador—. Alguien puede habérsela robado.

Clara abrió el refrigerador y ¡allí estaba la torta!

—¡No la toques! No te olvides de que es para la visita —le dije.

—No pienso tocarla —dijo Clara, pero yo veía que la boca se le hacía agua—. Pienso que la torta puede estar fea.

—¡No! —le contesté—. ¡Tiene buena cara!

—No estoy segura —dijo Clara—. Todo el mundo sabe que las tortas se echan a perder muy rápido. Nuestras tías se pueden envenenar.

Por supuesto, yo no quería que la tía Nana y la tía Emma se envenenaran y por eso le pregunté:

—¿Qué debemos hacer entonces?

—¡Muy simple! —contestó Clara—. Probar la torta.

—Bien —le dije—. ¡Probémosla! Pero sólo un poquito.

Entonces sacamos la torta del refri-



gerador con mucho cuidado y Clara me dijo que ella quería probar la parte de la derecha, así que la probamos y estaba buenísima.

—¿Sabes Clara? La torta no se ha dañado. Con seguridad la tía Nana y la tía Emma no se van a envenenar.

Clara estuvo de acuerdo conmigo.

—Pero hay que tener cuidado —me dijo—. Sólo hemos probado dos lados y no sabemos cómo estarán los otros.

Entonces procedimos a probar los otros dos lados de la torta. En realidad, no notábamos nada sospechoso.

—Está buena por todas partes — dije yo.

—Sí —contestó Clara—. La torta está buena por los lados pero las tortas con crema se dañan primero por el medio.

Así que tomamos un cuchillo, cortamos la torta por la mitad, y

enseguida sacamos un pedazo del medio y lo probamos.

Cuando llegó mamá y vio el estado en que estaba la torta, se quedó con la boca abierta.

—No queríamos — empezamos a explicar — que tía Nana



y tía Emma fueran a envenenarse.

—¡Ahora tienen que comérsela toda! ¡Sinvergüenzas! — nos dijo mamá, muy disgustada con nosotros.

Bueno, como ésa era la orden, comenzamos a comérsela y seguimos y seguimos comiéndonosla hasta que no quedó nada. Al cabo de un rato empezó a dolernos el estómago.

—¡Para que veas! — me alcanzó a decir Clara—. ¡La torta estaba dañada!



## EL TIO TONI

Clara y yo tenemos un tío que se llama Toni. El tío Toni es como muchos otros tíos, pero se ve diferente. Se ve así:



A nosotros nos cae muy bien el tío Toni. Clara me dice que es mucho más amoroso que yo y, abriendo los brazos, me muestra cuánto lo quiere.

—Así de tanto —me dice.

Yo también abro los brazos para mostrarle cuánto lo quiero. Sin embargo, yo soy más pequeño y por eso mis brazos son más cortos. Esto me

molesta mucho porque parece que Clara lo quisiera más que yo, y eso no es verdad. Eso sólo sucede porque ella tiene los brazos más largos. Cuando yo tenga los brazos tan largos como ella, Clara se va a molestar mucho.

Cada vez que el tío Toni viene de visita nos da una monedita a cada uno.

Es bonito que cada uno de nosotros tenga tanto dinero a la vez. Nos alcanza para comprar un helado grande y todavía nos sobra algo de dinero. Por esta razón nos encanta que el tío Toni venga de visita. Todos los días le preguntamos a mamá:

—Mamá, ¿cuándo va a venir el tío Toni?

Por desgracia, viene sólo una vez por semana.

Un día, cuando le estábamos preguntando a mamá cuándo vendría el tío Toni, nos dijo:

—Pronto van a ver al tío Toni todos los días. El y su esposa acaban de

*Pelusa 79*



alquilar un apartamento en el quinto piso.

¡Cómo nos pusimos de felices!

Les ayudamos cuanto pudimos en la mudanza y, sobre todo, les ayudamos a subir los libros, porque el tío Toni tiene muchos libros. El es estudiante y todos los días aprende algo nuevo. Algún día llegará a ser muy pero muy inteligente.

Después de la mudanza él nos dio una moneda a cada uno.

Estábamos tan contentos de que el tío Toni y su esposa vinieran a vivir en nuestro edificio, que no dormimos casi nada esa noche. Yo diría que no dormimos nada. Al día siguiente, después de desayunarnos a toda velocidad, corrimos a su apartamento.

—¡Buenos días, tío Toni!

El sonrió feliz y nos dio a cada uno una moneda, e inmediatamente fuimos a comprarnos un helado.

Al día siguiente tocamos por lo menos media hora a su puerta, pero él



no estaba en casa. Su esposa llegó de hacer las compras y nos dijo que el tío Toni se había ido muy temprano a la universidad.

—Lo esperaremos —decidió Clara—. Tendrá que volver.

Nos sentamos frente a su puerta y esperamos, esperamos y esperamos, pero no llegó. ¡Qué desgracia!

Al día siguiente los dos pensamos que debíamos levantarnos todavía más temprano. Así lo hicimos y alcanzamos a verlo.

— ¡Buenos días, tío Toni!

El sonrió feliz, como siempre, y nos dio a cada uno una moneda.

Le dimos las gracias e inmediatamente fuimos a comprar nuestro helado.

Al día siguiente era sábado. Volvimos a donde él y le dijimos:

— ¡Buenos días, tío Toni!

— ¡Buenos días, niños! — nos contestó, pero no sonrió—. ¡Qué desgracia! Hoy no tengo nada de dinero. ¡Lo lamento!

Clara y yo bajamos por las escaleras con la cabeza gacha. Estábamos muy tristes.

Tratamos de pensar algo y de repente Clara exclamó:

—¿Sabes lo que voy a hacer?  
¡Voy a romper mi alcancía!

—¡Yo también! —le contesté inmediatamente.

Corrimos a la casa y rompimos nuestras alcancías. Clara rompió la de ella primero y después yo rompí la mía. Tomamos el dinero, volvimos a subir las escaleras y tocamos a la puerta del tío.

—¡Hola! ¿Qué quieren ahora?  
— nos dijo al abrir la puerta.

—¡Nada! —le dijimos los dos y le entregamos todo el dinero de las alcancías.

—Es para ti, tío Toni. ¡Para que te compres un helado!

Y bajamos la escalera corriendo.



## EL BEBE

Al poco tiempo de la mudanza, la esposa del tío Toni comenzó a ponerse gorda. Cada vez más gorda. Ahora está más gorda que la tía Emma.

Yo y Clara estamos muy preocupados por el tío, porque él y su esposa duermen en una sola cama. Cuando ella se ponga más gorda, el tío no cabrá más en la cama y se caerá, como me ocurrió a mí una vez.

¿Será necesario que le regalemos una cama?

En el sótano de nuestra casa tenemos una cama vieja, pero ¿dónde po-

dría instalarla el tío? En su alcoba no cabría.

—Lo mejor es que su esposa enflaquezca —opinó Clara—. El tío Toni no debería dejarla comer mucho. Debería esconderle la comida.

Yo estuve completamente de acuerdo con Clara. El debería esconderle la comida. Así que partimos en busca del tío Toni para decirle que debía esconderle la comida a su esposa, pues de lo contrario ella se pondría cada vez más gorda.





**Sin embargo, mamá nos dijo que el tío Toni no estaba en casa.**

**Se había ido de vacaciones por un tiempo –con su esposa, claro.**

**Casi nos habíamos olvidado del problema, cuando un buen día vimos, desde la ventana, el automóvil del tío Toni que se acercaba.**

**– ¡Rápido, Clara! ¡Llegó el tío Toni! Vimos cómo el tío bajaba del automóvil seguido por su**

esposa, que estaba mucho más gorda todavía. ¡Pobre tío! Dentro de poco no iba a caber en su propia cama. Hasta el automóvil se inclinaba más del lado en que su esposa había estado sentada.

—¿Te casarías con una mujer tan gorda? —me preguntó Clara.

—¡Jamás!

—¡Yo tampoco! —dijo ella.

Sin embargo, al tío Toni parecía no molestarle el tamaño de su esposa. Iban cogidos de la mano, como si ella no fuera la mujer más gorda de todo el vecindario. Nosotros no podíamos creerlo. ¡Pobre tío Toni!

—¡El amor es ciego! —opinó Clara.

Yo quise saber por qué el amor era ciego, pero Clara no lo sabía.

**Al día siguiente, al desayuno, escuchamos que mamá le decía a papá:**

**– Esta tarde dan una película por televisión: Cómo bajar tres kilos en dos semanas. No puedo perdérmela.**

**Clara y yo corrimos inmediatamente a donde el tío Toni.**

**– ¡Tío Toni! ¡Tío Toni!**

**– ¿Qué pasa, niños? – nos preguntó el tío.**

**– Hoy dan por televisión una película sobre cómo bajar de peso, ¡tres kilos en dos semanas! ¡Tu esposa no puede perdérsela!**

**El tío se echó a reír.**

**– ¿Y por qué tiene que verla?**



– Bueno, porque...porque..., porque ella está muy gorda – murmuró Clara.

– Claro, debe bajar de peso – agregué yo –. ¡Es la mujer más gorda de todo el barrio!

– Ella esta gorda porque está esperando un bebé y éste crece dentro del vientre de ella – nos respondió el tío Toni.

Yo y Clara nos quedamos con la boca abierta.

– ¿Que está esperando un bebé? – murmuró Clara.

– Sí, está esperando nuestro bebé. Su bebé y mi bebé – dijo el tío Toni.

– ¿Y qué hace el bebé allí adentro? – me atreví a preguntar.

– Duerme – me explicó el tío Toni –. Duerme y también crece. Pero un día va a despertar y va a querer salir. Ese día mi

esposa volverá a ser tan delgada como antes.

—¡Increíble! ¡Qué cosas las que pasan! —dijimos al mismo tiempo, y bajamos callados las gradas.

Decidimos no contarle a nadie la historia que habíamos inventado. Y tampoco la otra, la verdadera.

Estamos esperando que el bebé despierte y quiera salir del vientre de la esposa del tío Toni. ¡Va a ser una gran sorpresa para todos! Hay mucha gente en el edificio que no tiene la menor idea de por qué la joven esposa del tío Toni se ha puesto de repente tan gorda.

*Pelusa 79*




## DE COMO CLARA QUERÍA HACER RICA A TODA LA GENTE

Una vez estábamos yo y Clara pensando cómo podríamos hacer rica a toda la gente del mundo. Pensábamos y pensábamos y estábamos muy concentrados en nuestra reflexión. «Si todos fueran ricos», pensaba yo, «entonces todos los niños de África podrían comer helado cuando quisieran».

—Sabes —decía Clara— sería lindo que descubriéramos una mina de oro. Con una mina de oro podríamos hacer ricos a todos los pobres de la Tierra.

– Así es, pero ¿dónde podríamos encontrar una mina de oro? – Eso no lo sé.

– Tal vez podríamos hacer excavaciones – dije yo. – ¡Correcto! ¡Pongámonos a cavar!

 Buscamos una pala y nos pusimos a pensar dónde podríamos cavar. Clara indicó el árbol más grande que había en el jardín y dijo:

– A tres pasos del árbol, siguiendo la dirección del Sol. ¡Allí tenemos que cavar! Si allí no encontramos oro, no lo encontraremos en ningún otro lugar del mundo.

Si Clara lo decía, así debía ser. Dio tres pasos en dirección al Sol y me pidió que comenzara a cavar. Cuando me cansaba de dar paladas, Clara seguía cavando, y cuando ella se

cansaba, continuaba yo. Sólo encontramos dos lombrices.

—Aquí no hay oro —dijo Clara, con voz cansada.

—¡Qué desgracia! —anoté yo.

Ambos estábamos sentados junto al hoyo pensando cómo podríamos ocultarlo del portero del edificio donde vivíamos. Me dolía la cabeza de tanto pensar.

De repente Clara pegó un grito y dijo:

—¡Ya sé cómo! ¡Ya sé cómo!

—¿Cómo qué?

—¡Cómo hacer rica a toda la gente!

—¿Cómo? —pregunté asombrado.

—No te lo voy a decir.

—¡Porque no lo sabes!

—¡Claro que lo sé!

—¡Dilo entonces!

—Es muy simple. ¿Sabes por qué alguna gente es pobre?

Pensé un poco y le contesté:

– ¡Porque no tiene dinero!

– ¡Correcto! Pero, ¿qué es el dinero?

¿Qué era el dinero? Yo tenía unas monedas en el bolsillo. Las saqué y se las mostré a Clara:

– Esto es dinero.

– Esas son monedas – me explicó Clara –. Dinero son los billetes, los grandes billetes. ¿Y qué son los billetes? ¡Papel! ¡Sólo papel!

Entonces me tomó de la mano y partimos corriendo a casa. Allí Clara me mostró un billete.

– ¡Mira! ¡Papel! Hay toda clase de billetes y unos valen más que otros. Con un billete



grande te puedes comprar todos los helados que quieras y hasta llenar esta alcoba de helados. ¡Imagínatelo! ¡Para ti solo!

—Sí, pero ¿cómo piensas hacer rica a toda la gente? Solo tenemos un billete y además no vale mucho.

—¡Exactamente! ¡Ese es el problema! —empezó a explicarme Clara—. Nosotros sólo tenemos un billete y seguro que tampoco hay muchos billetes en otras partes. Pero imagínate qué pasaría si las imprentas, en lugar de imprimir libros, ¡imprimieran billetes! Habría montañas de billetes ¡y todos podrían ser ricos! El gobierno sólo tendría que distribuir los billetes.

Fuimos al estante donde papá tenía los libros y nos imaginamos cómo sería si todas

las hojas de los libros fueran billetes. ¡Sólo con eso seríamos riquísimos!

– Clara, algún día llegarás a ser una persona muy importante. Te harán un monumento a la mujer más grande del país ¡por esta excelente idea que has tenido! Y yo les diré a todos que yo soy tu hermanito menor. ¡Bravo, Clara!

De allí nos fuimos a casa del abuelito a contarle la maravillosa idea que Clara había tenido. Porque ¿qué es el dinero? ¡Nada más que papel impreso!

Nos imaginábamos a toda la gente con sus carteras llenas de dinero, llenas de valiosos billetes; nadie necesitaría trabajar y el cartero iría de casa en casa entregando gruesos paquetes de billetes, enviados

directamente de las imprentas,  
olorocitos y frescos.

El abuelito se puso a reír  
después de oírnos.

—¿Por qué te ríes tanto? —le  
preguntamos un poco  
molestos—. Después de todo, si  
se imprimen billetes en vez de  
libros, todos serán ricos.

—De acuerdo —nos dijo  
entonces—. ¿Pero qué piensan  
ustedes que pueden hacer con  
ese dinero?

—¡Comprar! ¡Comprar todo  
lo que uno quiera! —gritamos al  
tiempo. ¡Comprar todo lo que  
nos guste o necesitemos!

—¿Y qué harán los demás con  
el dinero?

—¡Lo mismo, abuelito!  
¡Comprar lo que quieran!

—De acuerdo, pero pronto  
estarán todos los negocios  
vacíos, sin nada que vender. Y



**cuando no haya más cosas que comprar, van a subir los precios. La gente va a ofrecer millones por un huevo, con tal de obtener uno. Y como no habrá huevos, por más dinero que ofrezcan no tendrán su huevo. Sólo tendrán papeles impresos, billetes.**

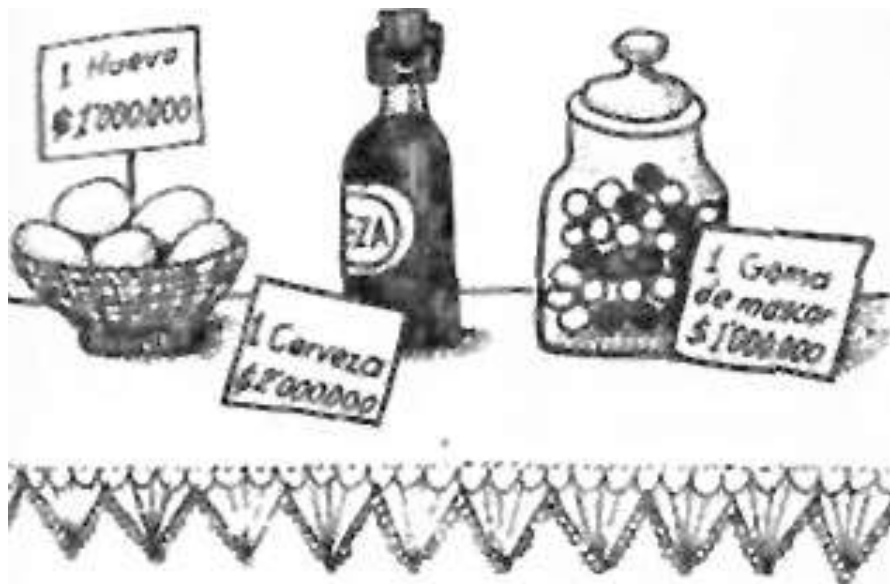
**—¿Puede realmente pasar esto?**

– ¡Por supuesto!

– ¿Y cómo lo sabes?

El abuelito volvió a reírse y dijo:

– Como ustedes saben, yo nací en Alemania. Allí, después de la Primera Guerra Mundial, todos los hombres fueron millonarios. Había muchos billetes y pocas cosas. Una cerveza costaba muchísimo dinero.



– ¿Y cuánto costaba un helado? – pregunté inquieto.

– También eran carísimos – dijo el abuelito exagerando un

poco—. Además era casi imposible encontrar uno.

—¡Qué espanto! —exclamó Clara y yo también.

Por eso, abandonamos nuestra idea de hacer rica a toda la gente imprimiendo billetes. ¡Aunque sentimos mucho tener que abandonar esa idea!



*Pelusa 79*



## LA HISTORIA DE LA OLLA DE LECHE

Ayer Papá trajo un billete y lo puso encima de la mesa donde tomamos el desayuno. Era tan bonito como los que nosotros pensábamos imprimir para hacer rica a toda la gente.

—Este es el dinero para los gastos del día —le dijo él a mamá cuando salía para el trabajo.

En ese momento tocaron a la puerta de la casa. Era el lechero que nos traía dos botellas de leche. Mamá le abrió y Clara corrió a la cocina a buscar la olla en que calentamos la leche para

el desayuno. Mamá llegó de vuelta con las botellas, abrió una y llenó la olla. Clara tomó la olla y la puso a calentar.

De repente, mamá, con voz angustiada, nos preguntó:

—¡Niños! ¿Dónde está el billete?

—¿Qué billete, mamá?

—El billete que dejó papá encima de la mesa.

Miramos hacia la mesa pero el billete no estaba allí. Nos agachamos y buscamos en el suelo... ¡Nada! El billete no se veía por ninguna parte.

¿Lo habría tomado alguien?

¿Pero quién? ¿Un ladrón?

¿O habría volado cuando mamá le abrió la puerta al lechero?

Muy preocupados, mamá, Clara y yo lo buscamos en cada rincón de la casa, pero el billete no aparecía.

De repente llegó un extraño olor a mi nariz... era olor a papel quemado y venía de la cocina.

Corrí hacia allá y olí por todas partes, hasta que, súbitamente, comprendí de dónde venía el olor. Es decir, dónde estaba nuestro billete: ¡Estaba pegado a la base de la olla de leche, que Clara había puesto a calentar! Rápidamente levanté la olla. Correcto. ¡Allí estaba!

—¡Lo encontré, mamá, lo encontré! —grité.

Mamá y Clara llegaron corriendo a la cocina y los tres vimos con espanto cómo el billete estaba pegado a la base de la olla; pegado y, por supuesto, semiquemado.

¿Con qué íbamos a comer ese día?



**Clara comenzó a llorar y yo también.**

**Mamá dijo que tenía que llamar a papá.**

**—¡Dios mío! ¿Cómo pudo pasar esto?**

**Tomó la olla, echó la leche en una jarra de loza y puso la olla boca abajo sobre la mesa. Así yo, Clara y mamá pudimos ver nuestro hermoso billete pegado**

a la base. Y fue muy triste verlo quemado, aunque no del todo. Todavía podía verse muy bien que era un billete de gran valor.

Papá no estaba en la oficina y no sabíamos muy bien qué hacer. Entonces, Clara dijo:

—Sabes, mamá, quizás encontremos a alguien que nos cambie el billete. Cualquiera puede ver que se trata de un verdadero billete. Nos da un billete nuevo y esa persona se lleva el nuestro, pegado a la olla, ya que no se puede despegar.

—¡Buena idea! —dijo mamá—. Iremos directo al Banco Central.



Así que nos fuimos los tres al Banco Central. Mamá nos contó en el camino que el Banco Central imprime todos los billetes del país. Sólo el Banco Central puede imprimirlos. Nadie más.

El director del banco examinó atentamente nuestra olla y el billete semiquemado pegado a ella.

—¿Cómo pudo pasar esto? — preguntó.

—Fue así—comenzó Clara—: Papá puso el billete encima de la mesa en que tomamos el desayuno...

—Y en ese momento el lechero tocó a la puerta — continuó mamá

—Y entonces Clara fue a la cocina a buscar la olla y la puso

encima de la mesa... –continué yo.

–Y yo vacié la leche de una de las botellas en la olla, –dijo mamá y comenzó a llorar–. Seguro que fue en ese momento que el billete se pegó a la olla. Clara puso a calentar la leche, y así fue como el billete se quemó. Cuando papá lo sepa se va a indignar. Ay, ¡qué terrible! ¿Qué vamos a hacer?

–Bueno, la situación no es tan terrible –opinó el director del banco–. Se puede reconocer con toda claridad que es un billete y se puede leer muy bien su valor. Creo que podemos darles otro billete en cambio, pero deben dejar aquí la olla para enviarla a nuestra central.

Fue así como recibimos un nuevo billete recién hecho, creo yo, o sea todavía mejor que el anterior. Un mes después nos devolvieron la olla, pero sin el billete semiquemado.



## DE COMO CLARA LE ENSEÑO A LA TÍA FLORA...

Nuestro tío Toni tuvo una bebita. Más precisamente, no la tuvo él sino su esposa. Una nena pequeñita y muy simpática. Fue así:

Una mañana que estábamos solos y esperábamos a la tía Flora, quien limpia nuestro apartamento, escuchamos la sirena de una ambulancia – tatú-tatá, tatú-tatá – y la vimos detenerse frente a nuestro edificio. Clara y yo nos pegamos de inmediato a la ventana. Nos encantan las

ambulancias y los autos de la policía que hacen tatú-tatá y hacen girar sus luces azules.

—Con seguridad hay algún enfermo grave —dijo Clara—. Sólo cuando hay enfermos graves aparece una ambulancia.

Dos enfermeros salieron de la ambulancia, y al rato los vimos regresar llevando en una camilla a la gorda esposa de nuestro tío Toni. Detrás de ellos caminaba el tío, con cara de preocupación.



—Seguro que reventó —dije—. En los últimos días se ha

puesto todavía más gorda. Ayer me la encontré en la escalera y pensé que no podría resistir mucho más. ¡No te imaginas cómo se veía! Y hoy, claro, todo terminó: ¡Reventó!

—No —contestó Clara—. No es que haya reventado. Es que hoy va a tener su bebé.

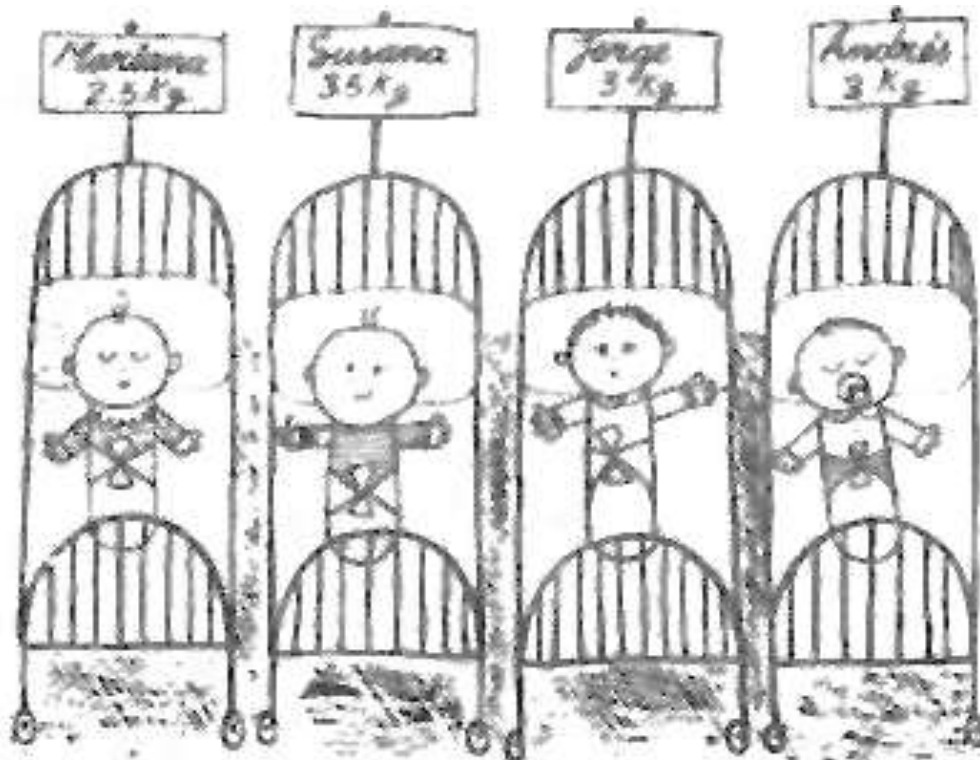
—No, yo creo que reventó —insistí yo.

—Vas a ver que no.

La esposa del tío Toni iba cubierta por una frazada y no pudimos comprobar si había reventado o si iba a tener su bebé. Nos quedamos sin saberlo hasta que el teléfono sonó en la tarde. Era el tío Toni y preguntaba por mamá.

—No está —le contestó Clara—. Estará afuera todo el día.

Yo quería aprovechar la ocasión para consolar al tío Toni



porque su esposa había reventado y también quería decirle que con seguridad encontraría otra, quizás hasta más delgada, pero no alcancé a decir nada, porque de repente anunció:

–Niños, les tengo una gran noticia. Nos ha llegado un bebé. Es una niñita y se llama Susana. Pesa tres kilos y medio. Nació

en la clínica. Todo está en orden.

Y colgó después de darnos esta gran noticia.

No se imaginan cuánto nos alegramos. Clara fue de inmediato a buscar la pesa que teníamos en la cocina y colocó sobre ella dos botellas de cerveza, y todas las papas que encontramos. Tuvo también que poner a Rita, su muñeca más grande, pero sólo después de que agregamos una zanahoria la pesa indicó tres kilos y medio.

—¡Mira! ¡Esto es lo que pesa la nena del tío Toni! — me dijo.

Enseguida colocamos en una bolsa todo lo que había en la balanza, y primero uno y después el otro, cargamos la bolsa por toda la casa, para ver si podíamos hacer lo mismo con la bebé, cuando viniera a casa.

Después de media hora, dije agotado:

— ¡La nena pesa bastante!

— A mí también me parece que pesa bastante — dijo Clara—. Por eso la esposa del tío Toni estaba tan gorda.

— Clara ¿estás segura de que la nena estaba en su vientre?

— ¡Por supuesto! — me contestó Clara—. Eso lo sabe todo el mundo y sonrió como si lo hubiera sabido todo el tiempo, aunque yo estaba con ella cuando el tío Toni nos lo explicó a los dos. Ella sonríe así últimamente.



—¡Esto no lo sabe todo el mundo! —protesté—. Tía Flora, por ejemplo, no lo sabe. Una vez le pregunté de dónde venían los niños y ella se puso roja como un tomate y me dijo que los vendían en el almacén.

—¿De verdad te dijo eso?

—¡Palabra de honor!

—¡No te creo!

—¡Se lo podemos preguntar!

En ese momento tocaron a la puerta del apartamento. Era tía Flora. Entró y se puso a trabajar de inmediato. Comenzó con el baño, pero yo y Clara nos le acercamos.

—Tía Flora —comenzó Clara—, queremos preguntarte algo.

—¿Qué les pasa? —nos contestó—. ¡Váyanse a su alcoba y déjenme trabajar tranquila!

—Tía Flora, por favor, ¿de dónde vienen los niños?

–Que de ¿dónde vienen los niños? –repitió asombrada—. ¿No se les ocurre otra pregunta más fácil?

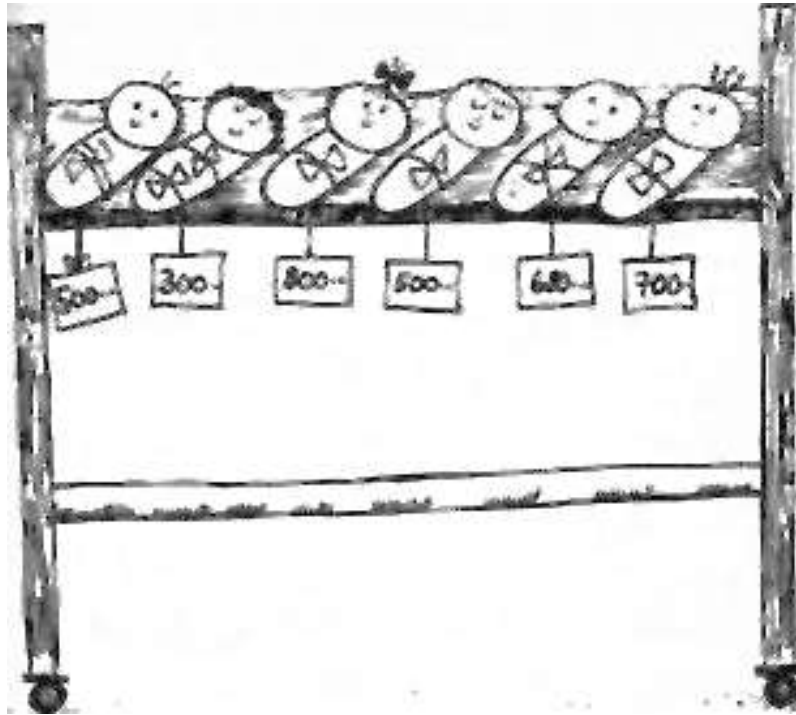


–No –contestó Clara—. Lo que ahora nos interesa saber es de dónde vienen los niños. Nada más que eso: De dónde vienen los niños.

–Cuando tu mamá llegue se va a quejar de que no he hecho nada ; y la culpa la tendrán ustedes! Le voy a decir que

ustedes, con sus preguntas, no me han dejado trabajar tranquila –contestó tía Flora.

–Yo le dije a Clara –

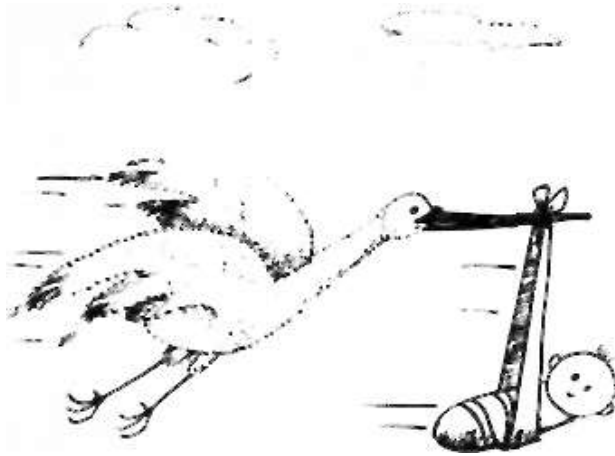


comencé a decir yo – que los niños se compran en el almacén, pero ella no me quiere creer.

–¡Pero claro! –exclamó tía Flora–. ¡Así es! Los bebés se compran en el almacén. Allí están, puestos en estantes, y cada persona compra el bebé que más le gusta.

Ahora Clara puso su cara más inocente:

– Eso no es cierto. Yo he oído decir que a los bebés los trae la cigüeña.



– Bueno, a algunos...

Sí, a algunos los trae la cigüeña,

pero a la

mayoría los compran en el almacén –contestó tía Flora, poniéndose muy nerviosa.

– Pero también hay otros que crecen en el jardín como las coles, envueltos en sus pañales –siguió diciendo Clara.

– Sí, también hay de éstos –dijo tía Flora algo desconcertada, mientras se apoyaba en el borde de la bañera—. Tienes toda la razón. Algunos crecen como las coles en la huerta.



Clara miraba a tía Flora como lo hace el gato de la abuela antes de comerse un pajarito.

—¡Nada de esto es verdad! ¡Son puras mentiras! —gritó Clara de repente—. Si no sabes nada, si no sabes de dónde vienen los niños, por lo menos reconócelo, tía Flora. Los bebés no crecen en el jardín sino en el vientre de su mamá. Así pasó con el bebé del tío Toni. ¡Su esposa tuvo hoy una niñita de tres kilos y medio!

Y Clara salió corriendo del baño y volvió con la bolsa en que estaban las dos botellas de cerveza, la muñeca, las papas y la zanahoria.

—Esto pesa tres kilos y medio. ¡Lo mismo que el bebé del tío Toni! —le dijo, y salimos

del baño, dejando sola a tía Flora para que se tranquilizara.

—No es nada fácil que a uno le expliquen esto después de los cincuenta años. ¡Con estas cosas hay que tener mucho cuidado! —comentó Clara.

Una semana más tarde, la esposa del tío Toni regresó a su casa.

Estaba de nuevo muy delgada, tan delgada como siempre habíamos querido verla. Y el tío Toni se paseaba orgulloso con la nenita en brazos, ¡como si ésta hubiera salido de su vientre, y no del vientre de su esposa!





## EL DIENTE

Un día Clara me anunció solemnemente:

– ¿Sabes que muy pronto voy a ser grande?

– ¿Por qué? – le pregunté muy sorprendido.

– Muy simple: se me cayó el primer diente de leche.

Clara abrió entonces la boca, bien abierta, para que yo mirara. En vez de uno de los dientes delanteros, Clara tenía un horrible hoyo.

– ¡Tienes que ir al dentista!  
– comenté.



–No hay  
necesidad de  
dentista,  
porque me va  
a crecer otro  
diente. ¡Un  
diente

verdadero! Los niños como tú sólo tienen dientes de leche, pero cuando los niños crecen, como yo, empiezan a perder los dientes de leche. ¡Esto lo sabe todo el mundo! – me dijo.

Clara sacó el diente de su bolsillo y me lo mostró. Me dieron muchas ganas de tener también un diente de leche en el bolsillo y un hoyo en la boca, aunque me doliera. Pero, ¿cómo lograrlo?

Pensé un poco y afirmé:

–Creo que yo también voy a tener pronto un diente de verdad.

Ahora fue ella la sorprendida.

— ¡Eso no puede ser! ¡Tú eres muy chico!

— ¡Claro que es verdad!

— ¿Estás hablando en serio?

— ¡Claro que sí!

— ¿Ya lo tienes flojo?

— ¿Qué?

— ¡Qué va a ser! ¡Pues el diente! A mí se me fue aflojando poco a poco.

— ¿Y te lo sacaste sola?

— Sí, claro. Con estos dos dedos.

— ¿Te dolió?

— ¡Nada! Los dientes de leche no duelen cuando uno se los saca, porque son dientes de leche.

Si esto era así, no había más que pensar.

Me metí dos dedos en la boca y traté de sacarme uno de los dientes de adelante, pero no pude. El diente seguía firme en su lugar.

—No puedo.

—Porque ese diente no está flojo. El diente verdadero, que está creciendo debajo, debe estar todavía muy chiquito.

—Nada de eso. Ya está grande. Pero de todas maneras el diente de leche no se me afloja.

—Escucha —me dijo Clara—. Te voy a mostrar la mejor manera de sacarse un diente de leche. Buscaremos un hilo, lo amarraremos a tu diente y tú mismo te lo sacarás.

Clara encontró el hilo, yo abrí la boca y ella me amarró el diente.

—¡Tira! —me gritó.

Yo tiré el hilo con todo cuidado.

—No pasa nada —dije.

—¡Déjame tirar a mí!

—¡No! —contesté.



*Pelusa 79*



– ¿Por qué no? – me preguntó.

– ¡Porque no quiero que me duela!

– ¿Quieres que el diente salga?

– Claro, pero sólo si no me duele – aclaré.

– Bueno. Yo tiraré de manera que no te duela nada. Ven conmigo

Se fue con el hilo en la mano y yo la seguí. Llegamos frente a la puerta del apartamento. Amarró el hilo al pomo de la puerta, y me dijo:

– Ahora esperaremos que llegue alguien. Así te sacarás el diente. Siéntate en esta silla. Recuerda que el hilo tiene que estar templado.

– Bien. Haré todo lo que me digas – le contesté.

Me senté con la boca abierta y esperé y esperé, pero no llegó

nadie. Por último, Clara me dijo que ella misma iba a abrir la puerta. En ese momento nos dimos cuenta de que la puerta se abría hacia nosotros, es decir, que nadie iba a tirar el hilo cuando abriera.

—Tienes que hacerte al otro lado de la puerta —me dijo Clara.

Pero al otro lado estaba la escalera.

Decidimos entonces, amarrar el diente a la puerta de nuestra alcoba. Me senté de nuevo en una silla, esta vez al lado correcto de la puerta, y Clara la abrió de un tirón.

Esta vez tampoco pasó nada. Yo salté de la silla.

—¡Así no podremos hacerlo —protestó Clara, después de cuatro intentos de sacar el diente—. Estás más asustado que una liebre. Es mejor que

amarremos el hilo a mi bicicleta. Así sí lo lograremos porque yo pedaleo muy rápido.

Fuimos a buscar la bicicleta. Clara iba adelante, llevando el hilo, y yo detrás con la boca abierta. Nos siguieron muchos niños. Ninguno quería perder la oportunidad de ver cómo salía mi diente de leche.

Clara amarró el hilo a la parte trasera de su bicicleta, y a la orden de partida comenzó a pedalear con todas sus fuerzas. Alcanzó gran velocidad.

¿Y yo? Yo corría detrás, a mil, pero el diente de leche no salía.

—Así tampoco lograremos hacerlo —exclamó indignada Clara—. ¡Tú en verdad no quieres que se te caiga el diente de leche!

—¡Claro que sí! —protesté.

—Entonces ¿por qué corres detrás de mí?

— ¡Porque tú me dijiste que lo hiciera!

Volvimos a pensar qué podíamos hacer, y al final Clara dijo:

— ¡Ya sé! Vamos a amarrar el hilo al parachoque trasero de un automóvil. No podrás correr tan rápido como el auto, así que con seguridad esta vez lo lograremos.

Tuvimos la suerte de que en ese momento llegara un automóvil del correo, que traía una carta para alguien del edificio. Apenas el cartero entró en el edificio, Clara amarró el hilo al parachoque del auto.

— Ahora pon atención y ¡ten cuidado! ¡Tu diente de leche desaparecerá en un segundo!

El cartero salió del edificio al poco rato, encendió su automóvil y partió. Yo alcancé a escuchar, con los ojos cerrados,

sólo un ¡tac! El hilo se había reventado.

— ¡Increíble! ¡Imposible! — gritó Clara—. ¿No será que tú ya tienes dientes de adulto?

Yo seguía allí, con el hilo roto colgando de la boca, y sólo pude decir:

— ¡Creo que yo tengo dientes de adulto desde que era bebé!





## EL CORTE DE PELO

Un día Clara se me acercó con unas tijeras en la mano y me dijo:

—¿Sabes lo que soy?

—No. ¿Qué eres? —le pregunté.

—Una gran peluquera.

—Tú no eres ninguna peluquera —le dije—. Eso lo dices, pero no lo eres. ¡Ni siquiera sabes cortar el pelo!

—¡Claro que sé cortar el pelo! ¿Quieres que te lo demuestre?

Yo sabía que Clara no era peluquera y, por eso, le dije:

—¡Ya! ¡Demuéstrame que sabes cortar el pelo!



– Bueno.  
Siempre y  
cuando  
que me  
pagues –  
me  
contestó  
Clara –.

Una verdadera peluquera no le corta el pelo a nadie sin que le paguen. ¡Y debes pagarle antes del corte!

Esto me pareció el colmo del atrevimiento.

– Nunca he oído que haya que pagarle por adelantado al peluquero. Siempre se paga después. Cuando papá va al peluquero paga al final, lo sé porque lo he visto – le dije.

– Sí, en verdad es así. Pero con clientes como tú uno debe tener cuidado. Por eso te exijo el dinero por adelantado – me contestó, y lanzó dos tijeretazos

al aire con una cara muy profesional. Como una verdadera peluquera.

Yo quería demostrarle a Clara que ella no era ninguna peluquera profesional y que no sabía cortar el pelo, aunque tuviera unas tijeras en la mano.

—De acuerdo —le dije—. Aquí tienes estas monedas.

—Eso es muy poco —me contestó.

—Te doy dos más, una goma de mascar y cuatro botones.

—¿Me dejas ver los botones primero? —me preguntó.

Entonces le mostré los botones y ella dijo:

—¡De acuerdo!

Por supuesto, rápidamente se echó todo al bolsillo, menos la goma de mascar, que se la echó a la boca como si no hubiera probado goma de mascar en toda su vida.

—¡Ahora podemos empezar!  
—me anunció—. ¿Cómo  
quieres que te corte el pelo?  
¿Corto o largo?

Yo no había pensado cómo  
quería que me cortara el pelo.  
Por eso le dije:

—Como se vea más bonito.

—¡De acuerdo!

—¡No creo que puedas!

—Vas a ver que sí.

Me senté frente al espejo y  
Clara me envolvió con una  
toalla.

—Ahora tienes que quedarte  
bien quieto —me advirtió, tal  
como lo hacen los verdaderos  
peluqueros, aunque ella no es  
una verdadera peluquera.

Entonces tomó las tijeras y  
comenzó a cortar: ¡zas-zas para  
acá, zas-zas para allá! Muy  
pronto la mitad de mi pelo  
había desaparecido.

—¡Para! —grité espantado.

—¿Por qué? Apenas estoy empezando.

—¡Para! Tú no eres una verdadera peluquera —imploré.

—¡Claro que sí!

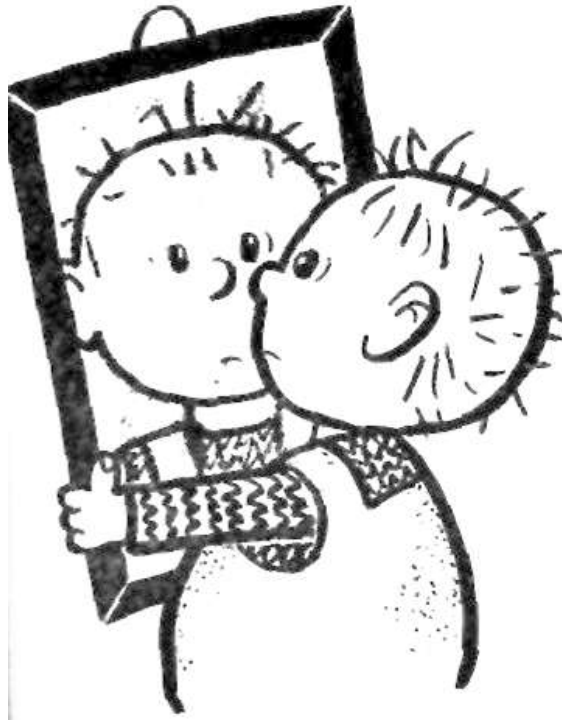
—Se ve que no sabes cortar el pelo —dije lloriqueando.

—¿Y entonces qué es lo que estoy haciendo? —dijo indignada—. ¡Esta es la mejor demostración de que corto muy bien el pelo! —añadió, tomando un montón de pelo del suelo—. ¿A-caso no es esto pelo cortado? ¿Lo corté o no lo corté?

—Sí —contesté.



– Entonces, ¿puedo o no puedo cortar el pelo?



– Si, Clara, pero por favor ¡no me lo sigas cortando! – le pedí, pues me horrorizaba ver la cantidad de pelo que había en el suelo.

– ¿Me pagaste o no un corte de pelo?

– ¡Sí, así fue! – contesté,

– Entonces tengo que seguir cortándote el pelo hasta que termine. Lo prometido es deuda – dijo.

Y siguió tijereteando. Cortaba y cortaba, y pasó tal como yo me lo había imaginado desde el comienzo. Era evidente que Clara no sabía cortar el pelo. Mi cabeza parecía un campo por el que hubiera pasado un arado. Ya no valía la pena protestar.

—¡Corta! —le grité—. ¡Sigue cortando! ¿No te das cuenta de que no tienes la menor idea de cortar el pelo?

Cuando ya no me quedaba pelo, Clara dio por terminado su trabajo.

—¡Ya! ¡Terminé! —dijo satisfecha.

—Pero a mí no me gusta nada— le dije—. ¿Crees que hacer esto es saber cortar el pelo? ¿Te parece que quedé bien?

—¡Claro que sí! ¡Estás precioso! Por el precio que pagaste, ¡has quedado

superbien! y además, ¡toda verdadera peluquera ha tenido que comenzar alguna vez! — agregó, y me dejó solo frente al espejo, con la cabeza calva, porque quería irse a jugar a otra parte.





## LA SOPA

Cuando mamá vio mi cabeza,  
me preguntó espantada:

—¿Qué te pasó? ¿Quién te  
hizo eso?

—¡Clara! —le dije llorando—.  
¡Clara tiene la culpa!

Mamá llamó indignada a  
Clara:

—¡Clara! ¿Tú le rapaste la  
cabeza a tu hermano?

—Sí, mamá.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Porque él quería.

—¿Qué dices? ¿Que él quería que le hicieran eso? —preguntó mamá asombrada.

—¡No! ¡Yo no quería! — protesté—. ¡Miente! ¡Ella miente!

—No estoy mintiendo. Incluso me pagó. Me dio cinco monedas, una goma de mascar y cuatro botones — dijo mostrando los cuatro botones y las cinco monedas—. ¡La goma ya me la comí!

La verdad es que no pude decir nada.

—Mañana tienes que ir al peluquero —me dijo mamá—. Así no puedes salir a la calle.

—¡Claro que puede salir — dijo Clara—. ¡Con una gorra!

Así terminó esta historia, pero yo quedé muy enojado con Clara, En la tarde, mamá fue de visita a donde tía Emma y dijo que si teníamos hambre

podíamos calentar una sopa que ella había dejado preparada en la cocina.

Clara y yo nos quedamos solos. Yo tomé mi gorra y me la hundí hasta las orejas, dispuesto a no quitármela hasta el día siguiente.

Estaba jugando solo en mi alcoba, cuando escuché la voz de Clara que me decía:

–Oye, ¿no tienes hambre?

–¡No! ¡Y yo no hablo contigo!

–Entonces me voy a tomar toda la sopa –me contestó.

Cuando Clara dice algo así, quiere decir que va a cumplir su amenaza, y dicho y hecho. Cuando tuve hambre, fui a la cocina y encontré vacía la olla de la sopa.

–Le voy a decir a mamá que te tomaste toda la sopa. Ahora estoy muerto de hambre y no

hay nada que comer—le dije, abriendo la boca todo lo que pude para mostrarle el tamaño del hambre que tenía.

—¡Me das lástima! —me dijo—. ¿Sabes qué? ¡Yo misma voy a hacerte una sopa!

—¡No, porque tú no sabes hacer sopa!



— ¡Claro que sé! —gritó—.  
¡Yo sé hacer sopa!

— Tú no eres cocinera. ¡No sabes cocinar!

— Yo cocino muy bien. Y lo vas a ver ahora mismo.

¿Qué podía yo decir ante tal afirmación?

— Yo también sé cocinar muy bien — decidí decirle.

— ¿En serio? — me preguntó ella.

— ¡Claro que sí!

— ¿Qué te gusta cocinar?

— ¡Sopa! ¡Precisamente, sopa de pollo!

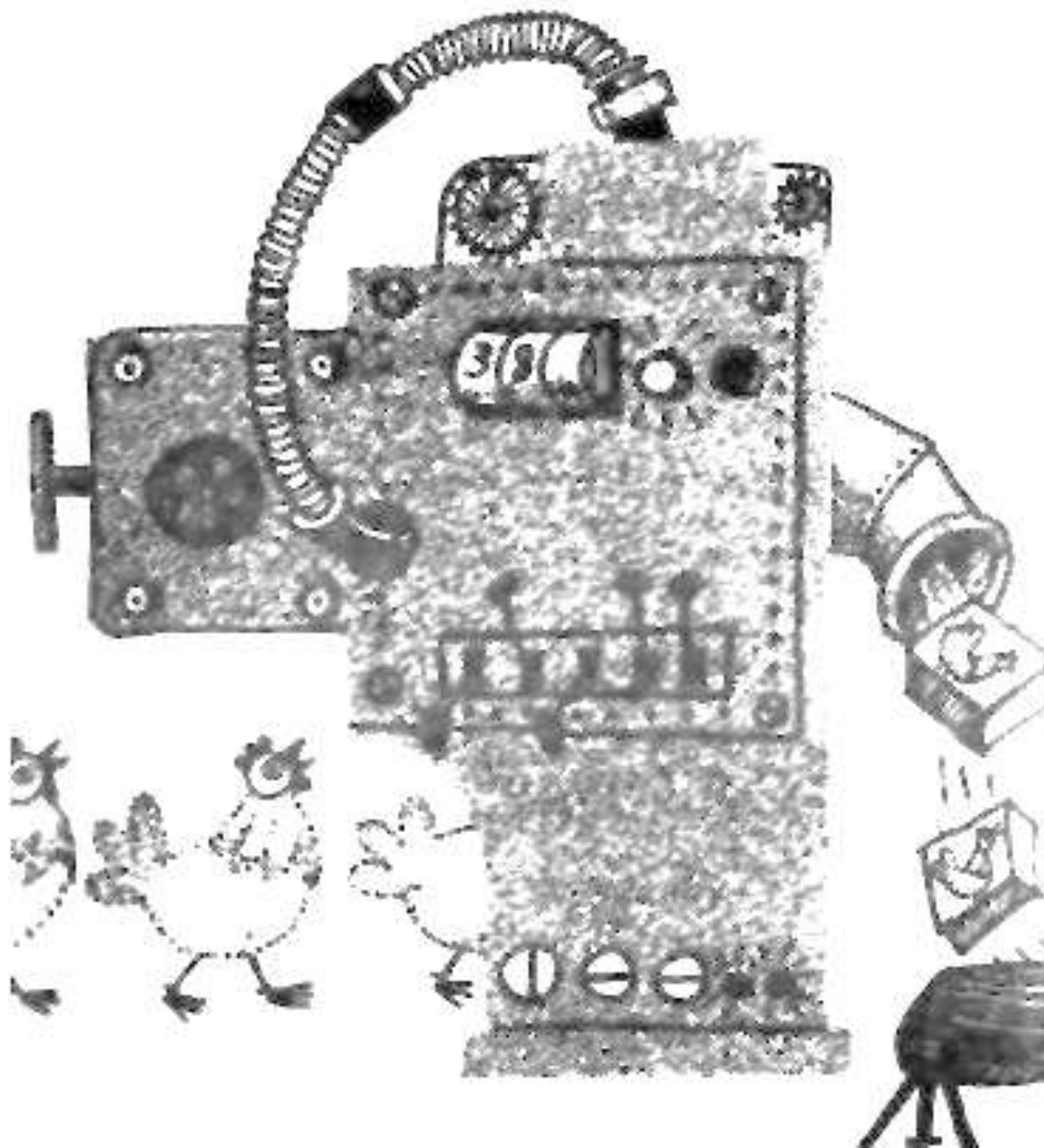
— Perfecto. Entonces, tú mismo puedes hacerte tu sopa.

Me quedé con la boca abierta sin saber qué decirle. No me quedaba más remedio que demostrarle que sabía cocinar. Tomé una olla, la llené de agua y la coloqué en nuestra cocina eléctrica.

– Bueno, y ¿eso es todo? –  
preguntó Clara.

– ¡Claro que no! Esto es sólo  
la primera parte.

Me subí a una silla y saqué  
del refrigerador una cebolla,  
dos zanahorias, un poco de



leche, un trozo de tocino y algunas otras yerbas.

—¿Y eso es todo? —me preguntó nuevamente.

—Sí. Sólo falta el pollo —le contesté.

—Interesante. ¿Y cómo piensas hacer sopa de pollo sin pollo?

—No sé. Nunca he hecho una sopa de pollo sin pollo.

—Mira. Lo mejor es que uses un cubito de pollo. Esos cubitos de pollo concentrado son iguales a un pollo verdadero. Con los cubitos también se hacen sopas de pollo verdaderas

—dijo, y sacó del estante un



cubo en cuyo envoltorio había dibujado un pollo.

—Perdona —le dije—, pero no creo que ese cubito sea igual a un pollo.

—¡Claro que sí! —afirmó Clara—. Es exactamente lo mismo que un pollo. ¿No ves el dibujo del pollo? Antes, este cubito era un pollo.

—¡Imposible! —le dije.

—A los pollos los meten en una enorme máquina que los asa y los muele hasta que se convierten en cubos de pollo para hacer sopa. Algo parecido a lo que pasa con los automóviles. ¿No has visto cómo aplastan a los automóviles y los convierten en cubos? Es lo mismo.

Yo me quedé mirando el cubo, admirado de que antes hubiera sido un pollo. Era difícil de imaginar, pero Clara siempre sabe lo que dice. No es

de las personas que habla por hablar. Y lo importante es que ahora sí podía hacer la sopa de pollo. Tenía de todo.

Sólo que yo había dicho que sabía hacer sopa de pollo y la verdad es que no sabía cómo empezar.

Arrojé el cubo de pollo en la olla y pronto el agua comenzó a hervir. Clara tenía en la mano una gran cuchara.

—Ahora vamos a probar cómo está la sopa —dijo Clara, decidida.

—Perdona pero esta sopa la estoy haciendo yo y yo la tengo que probar —dije, y le quité la cuchara y me subí a la silla para sacar otra cuchara y un plato del armario.

Probé una cucharada de sopa. No sabía a nada.

—¿Sabe bien? —preguntó Clara.

– ¡Muy bien! – dije.

– ¡Pero olvidaste echarle sal!

– ¿Sabes una cosa? No puedo seguir haciendo la sopa si me sigues observando de esa manera. Cada cual tiene su forma de cocinar. Cuando la sopa esté lista, te llamaré. Ahora, por favor vete.

De acuerdo – dijo Clara –. Pero te olvidaste de echarle sal a la sopa – me recordó.

Clara se fue a nuestra alcoba y me dejó solo con la terrible sopa. Yo no sabía qué más hacer. Decidí echarle una cucharada de sal, pero la sopa se puso muy salada.



«Cuando una sopa está salada», pensé, «se puede arreglar echándole lo contrario, azúcar». Por eso le eché cuatro cucharadas de azúcar, pero la sopa se puso dulce.

«Cuando una sopa está dulce», pensé, «se puede arreglar con un poco de vinagre». Así que le puse vinagre, pero la sopa se puso agria y tuve que volver a ponerle un poco de azúcar y algo de leche. Y también pimienta para equilibrar, y un pepino. La sopa sabía cada vez peor.

Clara venía cada cinco minutos a la cocina para preguntarme si la sopa estaba lista.

«Esto es terrible», pensaba yo. «Si Clara llega a probar la sopa, le va a decir a todo el mundo que yo no sé cocinar».

Como ya le había echado un yogur a la sopa y ésta seguía horrible, tomé la olla y arrojé la sopa en el lavaplatos, y muy calladito fui al baño a tirar las papas que quedaron.

—¿Está lista la sopa? —gritó Clara desde nuestro cuarto.

—¡Claro! —contesté—. Ya la hice, pero me la tomé toda. ¡Estaba tan rica! —agregué, y le mostré la olla vacía.

—¡Increíble! —dijo Clara—. ¡No puedo creerlo!

Clara buscó por toda la cocina, pero no encontró ninguna huella sospechosa. Seguro que ella todavía cree que yo sé cocinar sopas de pollo muy ricas.



## NUESTRO PERRITO SABUESO

Papá trajo un perrito a casa. Un perro salchicha muy bonito y simpático, que movía todo el tiempo la cola y andaba por todas partes olisqueando. Yo y Clara le pusimos de inmediato un nombre: Sabueso. A él le gustó mucho ese nombre. En cuanto decimos «¡Sabueso!» viene como un cohete a donde estamos nosotros.

Papá nos dijo que Sabueso es un perro muy costoso y raro. Por eso es tan largo y tiene patitas tan cortas.

– Sabueso tiene un árbol genealógico claramente identificado – nos dijo papá y nos mostró un certificado de raza.

Clara y yo nos pusimos inmediatamente a ver el papel, pero no encontramos ningún árbol dibujado.

– ¿Dónde está el árbol de Sabueso? – pregunté.

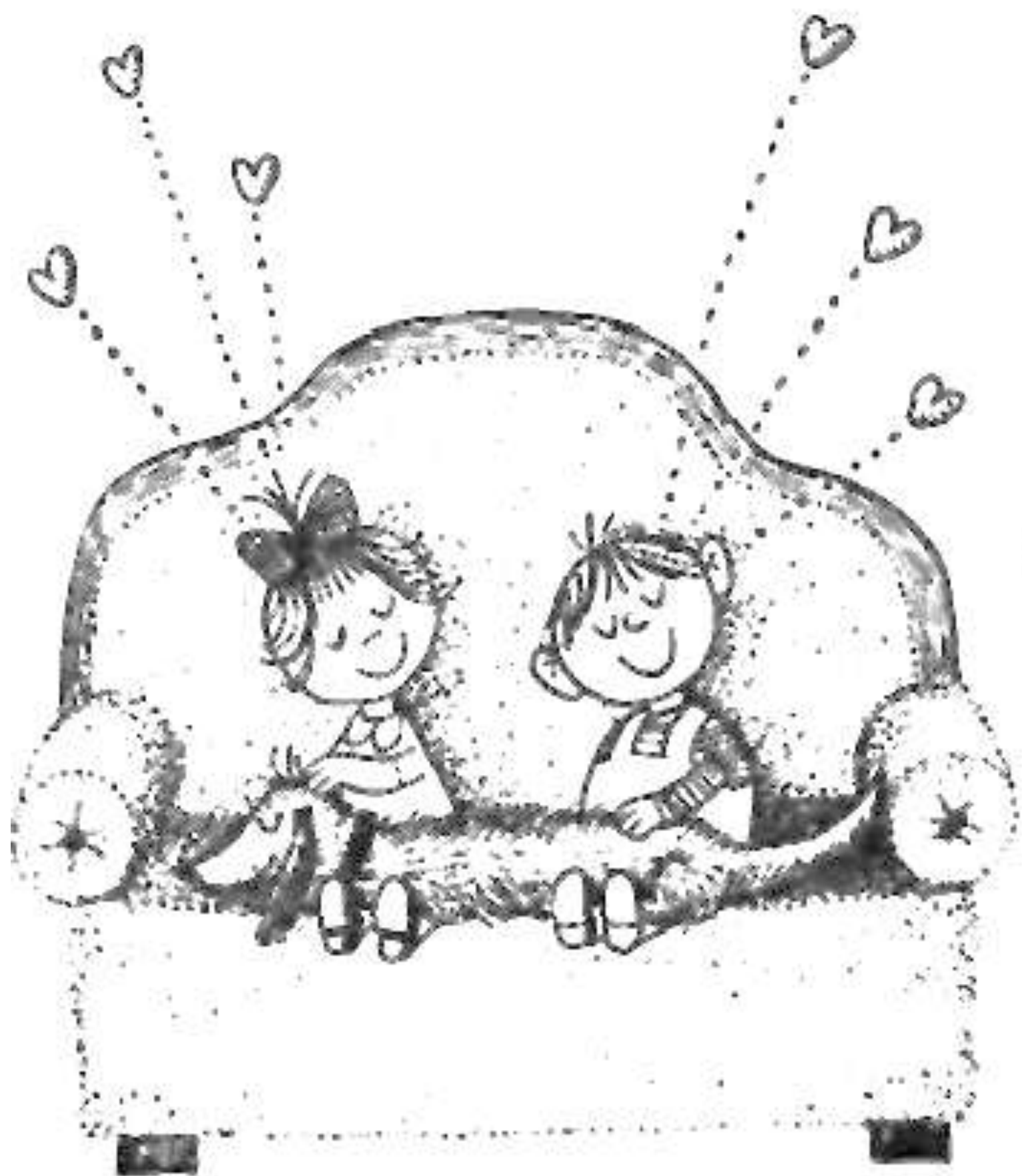
– Sabueso no tiene ningún árbol como los árboles de los bosques – explicó papá—. El tiene un árbol genealógico; es un certificado muy importante que sólo tienen los animales de raza y los reyes.

Papá nos contó que el papá de Sabueso había sido un perro muy famoso y que su abuelo había sido todavía más famoso. También su mamá, su abuela y su bisabuela pertenecían a una familia muy distinguida de

perros. Todos ellos habían recibido grandes premios.

Cuando escuchamos esto, nos fuimos con Sabueso al sofá, nos sentamos, lo pusimos en nuestras rodillas y lo acariciamos durante toda una hora. Estábamos sentados uno al lado del otro. La parte delantera de Sabueso estaba en la falda de Clara; la parte trasera sobre mí. Clara le acariciaba la cabeza y yo la cola. Sabueso le lamía las manos a Clara y se sentía dichoso.

—Yo quiero mucho a Sabueso —me dijo Clara—. Es un perro salchicha muy amoroso. Pero si fuera café claro, me gustaría todavía más.



—A mí tampoco me gusta mucho el color que tiene —le contesté—. Si fuera negro me gustaría más.

Ambos seguimos acariciando a Sabueso durante un buen rato, hasta que Clara dijo:

—¿Qué te parece si dividimos a Sabueso? Si tú estás de acuerdo, mi parte será la cabeza y la mitad del cuerpo. La cola y la otra mitad del cuerpo serían tuyas. Así, cada uno se ocuparía de su parte.

La idea me pareció buena. No tenía nada en contra de recibir la mitad trasera de Sabueso, porque me encantaba como él movía siempre su cola.

—De acuerdo —le dije—. Pero hay que repartirlo con mucha exactitud. La mitad exacta para cada uno.

—¡Lo vamos a medir! —dijo Clara—. Cada uno recibirá la mitad.

Clara trajo un metro y marcamos en el lomo el punto medio de Sabueso. Enseguida, con unas tijeras quitamos un poco de pelo donde habíamos hecho la marca y trazamos una línea por todo su cuerpo. Ahora estaban claramente definidas la mitad delantera y trasera de Sabueso.

—De ahora en adelante cada uno se ocupará de su parte — anunció muy seria Clara—. Yo le daré de comer y tú lo sacarás a la calle cuando él tenga que hacer sus necesidades, porque las hace por tu mitad.

*Pelusa 79*



Cada uno comenzó de inmediato a ocuparse de su parte. Cada uno acariciaba la parte que le correspondía. Cada uno peinó su parte. Clara se ocuparía de la comida y yo de lo que podríamos llamar «su salida por la parte trasera».

Una noche, mamá y papá fueron al teatro. Apenas salieron, Clara dijo:

– Estoy completamente decidida a pintar a Sabueso de color café claro.

– ¡No puedes! – protesté yo –. ¡No tienes derecho!

– ¡Sabueso se va a ver mucho mejor! Le quedará mejor el color que le voy a poner – dijo Clara.

Ya sabemos que cuando Clara dice algo, lo hace. Ella fue inmediatamente al baño y trajo algunas tinturas de mamá. Pero yo abracé a Sabueso y le dije:

– Tú puedes pintar la mitad de Sabueso que te corresponde, pero la mía no. No te lo permito y ¡no tienes derecho!

– De acuerdo. Yo pinto sólo mi parte.

Y pintó de color café claro la parte delantera del perrito, lo

que me molestó mucho porque nunca me han gustado los perros de ese color.

—¡Ahora yo voy a pintar de negro mi parte! —exclamé decidido.

—No es mala idea —dijo Clara—. Así se van a distinguir mejor las dos partes.

Entonces fui a buscar la pintura negra para cuero y me puse manos a la obra. Pronto Sabueso estuvo dividido en dos por el color. Me imagino que él mismo se asombró al mirarse al espejo, porque se ladró a sí mismo un buen rato.

—Te apuesto que un perro como éste es único y que no hay otro en toda la ciudad, o quizás en el mundo —me dijo Clara.

Cuando papá y mamá volvieron del teatro, se quedaron con la boca abierta mirando a Sabueso.

—¿Quién le hizo esto al pobre Sabueso? —preguntó indignado papá. Clara dijo de inmediato que había sido yo, aunque como todo el mundo sabe, ella empezó con esta historia. Por desgracia, Sabueso no puede hablar y, por tanto no pudo contarle a nuestros padres la verdad de lo que había ocurrido.

Los dos me estuvieron regañando por más de una hora. Por último, papá me dijo:

—Y además, no recibirás mesada durante todo este mes.

Pero Clara se me acercó y me dijo muy bajo en el oído:

—No te preocupes. Yo te doy la mitad de mi mesada, pero tú te quedas callado y no me traicionas. ¿Hecho?

—¡Hecho!

Luego empezamos, yo y Clara, a lavar a Sabueso. El

color negro de mi parte desapareció pronto, pero el café claro no quiso salir por nada del mundo.

—¡Sabueso va a seguir creciendo de ese color! —me susurró feliz Clara al oído—. Mi mitad va a seguir de color café claro.

Esto me molestó mucho. ¿Pero qué podía hacer? Clara es así.

Con ella es seguro que voy a seguir teniendo molestias.



**FIN**



## Yo, y mi hermana Clara

Torre de Papel  
GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Clara y su hermanito tienen tanta imaginación que son capaces de gastarles toda clase de bromas a su tío Toni, a la tía Flora, a su perrito Sabueso y, lógicamente también a sus papás.



### Dimiter Inkiow

Nació en Bulgaria pero vive en Alemania. Trabaja para la radio y la televisión y escribe libros para niños, entre ellos, *Clara y el gato Casimiro* y *iHurra! Susanita ya tiene dientes*, que también forman parte de la colección Torre de Papel.

A partir de 7 años

CC 11037

ISBN 958-04-1216-2



9 789580 412168

[www.norma.com](http://www.norma.com)

Copyrighted material